

# "CLARIN" Y LEOPOLDO ALAS

Por Marino Gómez-Santos

Marino Gómez Santos es un mozo ovetense que no llega a los veinticinco años y ya tiene en la imprenta un libro erudito sobre "Clarín". A pesar de su juventud, sus trabajos sobre el ilustre escritor asturiano prometen buena cosecha tanto en la investigación como en la interpretación.

Leopoldo Alas, antes de ser "Clarín", era un joven de constitución enfermiza, muy estudioso, muy conocedor de la literatura clásica, buen psicólogo y filósofo de matices morbosos, como lo eran sus ocurrencias, que querían ser humoristas y se trocaban en satíricas o en sentimentales.

En el año de 1871, Alas se trasladó a la corte de Amadeo de Saboya para estudiar y admirar de cerca "las lumbreras clásicas", y se convirtió, por su convivencia con los componentes de la tertulia denominada "Bilis Club", en la Cervecería Inglesa, en un filósofo krausista.

Fúndase "El Solfeo", y Alas, ya conocido en el mundillo de las letras por su nombre y por el seudónimo de "Zoilito", entró a formar parte de la redacción del nuevo periódico con un seudónimo musical: "Clarín".

Popularizóse y bien pronto fué en España un dictador literario "con leyenda y todo", como bien dijo un escritor asturiano.

Aquel germen de sátira morbosa que llevaba en su espíritu enfermizo desarrollóse al contacto con el momento de fogosidad política en que se comentaban las amarguras del Duque de Aosta en su flamante trono, las andanzas por Alemania de Sanz del Río, la doctrina krausista y el último discurso del orador de moda.

En aquel ambiente de frecuentes y ruidosos acontecimientos políticos, el "Clarín" comenzó a sonar, entre el gran concierto y desconcierto de la corte, por sus penetrantes "suelos", escritos en desconocida técnica con el título genérico de "Patriques".

El ceño de la crítica española sostenía "Clarín" desde su rincón provinciano, y si, como dicen que dijo Unamuno, "era injusto cuando censuraba, injusto cuando elogiaba y más injusto cuando callaba", no debemos nosotros—los que podemos hoy aquilatar el valor de la literatura del siglo XIX—discutir que sus ataques, sus críticas agresivas, sus punzantes alusiones a quien estaba lejos de esperarlas, contribuyeron enormemente a conseguir ese alto nivel a que llegó la literatura del siglo pasado.

Los enemigos fueron engendrándose unos a otros. "Clarín" sacrificó su reputación en aras de su empresa. Pero quedaban en el mundo para odiarle los hijos y una enorme descendencia de aquellos a quienes censuró.

El maestro, el padre, el hombre, ése es Leopoldo Alas.

En la cátedra, sentado frente a sus alumnos en aquella aula de bancos toscos, que tenía algo de celda—, aquel maestro de corazón tan grande como su imaginación prodigiosa, hablaba a sus discípulos de la moral de los místicos, de San Francisco de Asís y de Santa Teresa de Jesús, olvidándose de la lección de Detecho natural, “abriendo los ojos azules—al decir de su discípulo don Ulpiano Gómez—, impregnados del jugo de las grandes emociones y de los grandes entusiasmos”.

Para conocer al maestro Leopoldo Alas hay que leer las impresiones de sus discípulos.

Una mañana llevóles a la cátedra la noticia de una desgracia horrible. Erase una madre que enfermó y no pudo implorar la caridad para sustentar a su hijo, un niño moribundo. Una noche sintió sus estertores y buscó una cerilla para alumbrarle.

—“Pero..., ¡oh—exclamaba don Leopoldo, visiblemente angustiado—, qué terrible, qué terrible para aquella madre!... ¡No tenía cerillas!...”

—“La caridad llegará tarde, pero hagámosla—decía—. Nombren ustedes una comisión, que lleve consuelo a esa madre infeliz y algún socorro. Yo me suscribo con veinticinco pesetas.”

—“Si alguno de ustedes, lo cual no creo,

por congraciarme, contribuye con sus recursos, se equivoca y envilece la limosna.”

—“Adiós—les dijo—, hasta mañana y acuéñdense de aquella madre.”

Este era Leopoldo Alas, el maestro. ¡Qué ojos del espíritu crítico de “Clarín”! Por eso un ingenio cortesano puso en circulación esta frase: “Si ‘Clarín’ cogiese por su cuenta las obras de Leopoldo Alas, ¡cómo las pondría!”

Ahora, en este año de 1952, cúmplase el centenario del nacimiento de “Clarín”. Asturias lo celebrará, porque aunque a “Clarín” “le nacieron” en Zamora, él era asturiano de sangre y de vocación.

(Oviedo, 1952.)

(De “Asturias”. Boletín informativo del Centro Asturiano, de Madrid.)

